

A woman with short brown hair, wearing a black halter-neck dress and large, ornate earrings, is shown in profile. She is being embraced from behind by a man with a beard, wearing a dark suit, white shirt, and dark tie. The background is a soft, light blue gradient.

*Rendido
a ti*

LOS HERMANOS **2** STRONG
S E R I E

AJME WILLIAMS

Él es mi jefe. Hunter y yo no estamos de acuerdo en nada. Siempre discutimos y es un hombre exasperante. Hasta que un día nos dejamos llevar y acabamos en la cama. Desde entonces mi vida ha cambiado. Lo deseo y lo detesto, me dejo llevar y me arrepiento, mientras noto como empiezo a enamorarme de él. Pero Hunter no tiene corazón. Solo secretos y escándalos que una persona como yo no sabría afrontar. ¿Qué pasa cuando esos secretos me afectan? Y Peor aún, ¿cuándo toda la oficina se entere de lo nuestro?

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capitulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Caapítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Prólogo

Natalie

Me estudié en el ornamentado espejo del lujoso cuarto de baño preguntándome cómo había llegado hasta aquí. Este hotel no era un lugar de alquiler por horas y, sin embargo, ese era el tiempo que estaría aquí una vez que Hunter llegase.

No era una mojigata ni me preocupaba demasiado que fuera mi jefe. Y, sin embargo, de alguna manera, estos encuentros clandestinos estaban empezando a inquietarme, aunque no podía entender del todo por qué. Lo que comenzó como algo divertido estaba empezando a parecer sórdido. Al principio, eso no era algo que me preocupara. De hecho, la parte secreta y traviesa del asunto era, a todas luces, parte del atractivo.

Pero, recientemente, algo había cambiado dentro de mí, pero no podía averiguar qué era. Fuera lo que fuese lo que me pasaba, estaba claro que no era suficiente para poner fin a nuestras citas sexuales y no había perdido el interés en tenerlas porque aquí estaba, acicalándome mientras esperaba a que llegase Hunter para follarme. Sin embargo, algo era diferente, y no podía determinar el qué.

Un golpe en la puerta de la habitación del hotel me sacó de mi ensimismamiento y me trajo al presente. Le eché un último vistazo a la suave y sexy lencería color lavanda que había comprado solo para la ocasión. Tras de-

cidir que tenía el aspecto de una mujer que quería ser follada, caminé descalza hasta la puerta de la habitación del hotel. Quité el cerrojo de la cerradura y abrí la puerta de un tirón para ver a mi amante, Hunter Strong.

Hunter era la perfección hecha hombre. Sus ojos tenían un brillo depredador mientras su mirada recorría mi cuerpo, pasando por mis pechos y haciendo que mis pezones se endurecieran, hasta llegar a las uñas de mis pies de color púrpura, y de nuevo hacia arriba. Su sonrisa era lobuna cuando su mirada se encontró de nuevo con la mía. Sí, parecía un cazador. Y luego estaba su apellido: Strong. Hunter era alto, mucho más que yo. Tenía los hombros anchos y sabía por experiencia que tenía fuerza y resistencia.

Abrí la puerta y me hice a un lado para dejarle espacio para entrar. Dejó escapar un gruñido bajo mientras su mano se deslizaba alrededor de mi espalda y me tiraba con fuerza contra él. No habría vino y rosas ni romance, ni dulces palabras de seducción. No, estábamos aquí para una cosa y solo una cosa: dar y recibir orgasmos.

Pensar en eso me llevó de nuevo a sentir la incómoda sensación de que algo no estaba del todo bien, pero no tuve tiempo de reflexionar sobre ello cuando sus labios se encontraron con los míos, enviando un infierno de fuego sensual a través de mi torrente sanguíneo.

–Eres tan jodidamente sexy –murmuró mientras sus labios recorrían mi mandíbula y luego tiraba ligeramente del lóbulo de mi oreja, provocando un nuevo resplandor de sensación erótica en mí.

En todos los demás aspectos, Hunter y yo éramos como el agua y el aceite. No nos mezclábamos. Incluso era difícil de creer que nos gustásemos de verdad. Pero cuando dejamos de hablar y empezamos a tocarnos, fue la perfección. Había perfeccionado sus habilidades en el dormitorio con muchas mujeres. Sabía que yo era la siguiente de una larga lista.

A una parte de mí no le gustaba la idea de que me permitiera ser otra muesca en su cama, pero cuando me tocaba, era difícil arrepentirse de cualquier cosa que hiciera con él. Nunca había conocido el placer que él podía darme. Así que, a pesar de sentirme inquieta y de que no me gustaba ser utilizada como un pequeño juguete sexual, estaba aquí con él.

Hunter tenía la reputación de mujeriego; las follaba y luego pasaba de ellas. Una cita, una vez, y adiós. El hecho de que él y yo nos viéramos de forma regular era diferente, pero sabía que no significaba nada. Acordamos utilizarnos mutuamente hasta que uno, o los dos, se cansara. Tal vez parte de mi incomodidad residía en que sentía que nunca me cansaría de él.

—¿Esto es nuevo? —preguntó, con la voz ronca, mientras pasaba los dedos por debajo del tirante. Lo deslizó por mi hombro. Bajó la cabeza y me besó suavemente desde el cuello a lo largo del hombro, provocando sensaciones de cosquilleo que me llegaban hasta los dedos de los pies. Era de ese tipo de movimiento que se sienten más íntimos que el sexo. Tuve que recordarme a mí misma que este era el superpoder de Hunter: el arte de la seducción y los juegos preliminares. Podía tocar el cuerpo de una mujer como un instrumento musical, haciéndola cantar.

—Sí. Sé que a veces necesitas una ayuda extra para que se te levante. —Las bromas eran nuestro modo habitual de comunicación, así que eso fue lo que hice. No quería que pensara que había comprado la prenda sexy solo para él, aunque así fuera.

Su mano se deslizó hasta mi culo, lo agarró y me empujó hacia delante, apretando su larga y gruesa polla contra mi vientre.

—¿Esto no es lo suficientemente alto para ti, nena?

Desde luego, estaba lo bastante arriba para mí, y sabía por experiencia que ni siquiera la tenía levantada del to-

do. Gemí con anticipación. Mi coño se apretó con fuerza, sabiendo lo que se avecinaba y no queriendo esperar. Mis dedos se apresuraron a desabrocharle los botones, y luego extendí mis manos sobre su duro y musculoso pecho. Hunter era como un maldito Adonis que cobraba vida y no podía apartar mis manos de él. Tampoco podía apartar mi lengua de él, mientras me inclinaba hacia delante y pasaba mi lengua por su pezón. Me encantó el poder que sentí al oír su respiración entrecortada como respuesta.

–Hoy estás necesitada –dijo. –Agarré su polla por encima de los pantalones.

–¿Y tú no?

Con un gruñido me levantó en el aire y me llevó a la cama. Me arrojó sin miramientos sobre ella, con los ojos ardiendo mientras se quitaba la camisa y se deshacía rápidamente de los pantalones, los zapatos y los calcetines, arrojando un condón sobre la cama.

–¿Vamos a grabar? –preguntó mientras se arrastraba sobre mi cuerpo. Su larga y dura polla colgaba entre nosotros. Envolví mis dedos alrededor de ella, dándole una lenta caricia, lo que provocó un leve gemido por su parte.

–¿El récord en total entre los dos o el récord para cada uno de nosotros? –Hasta ahora, el récord de orgasmos era de cinco; tres para mí y dos para él.

Antes de conocer a Hunter, mi récord de orgasmos había sido uno o quizás uno y medio. Por eso era tan adictivo. Los orgasmos eran mi droga preferida, y Hunter era el único que podía darme la dosis que realmente quería y necesitaba. Quizás eso era lo que me inquietaba tanto. Algún día esto que había entre nosotros se acabaría y, entonces, ¿qué haría yo? No es que esto que había entre nosotros fuera a ir a ninguna parte. El amor verdadero era algo que se vendía en las novelas y en las comedias románticas. Excepto para mi hermana Kellie y el hermano de Hunter, Ryan. Pero ellos eran diferentes. Ni Hunter ni yo

estábamos hechos para el «felices para siempre» como Kellie y Ryan. Yo era demasiado estrafalaria, rara y franca, aunque estaba segura de que Hunter me describiría como obstinada. Y Hunter era claramente un hombre que no estaba interesado en tener una sola mujer. De hecho, parecía que su objetivo era tener el récord mundial de conquistas.

Tiró de los tirantes de mi sujetador hacia abajo exponiendo mis pechos. Mis pezones, duros y doloridos, asomaron bajo el encaje de seda. Hizo un sonido de «Mmm» mientras se inclinaba y chupaba uno, metiéndoselo en la boca y haciendo que me estirara sobre la cama mientras la electricidad me atravesaba y bajaba directamente a mi coño.

«Los dos –respondió a mi pregunta anterior mientras sus dientes tiraban de mi sensible pezón. Era muy posible que consiguiera que me corriese jugando solo con mis pezones.

Sostenía cada uno en una mano, los amasaba y pellizcaba mientras su boca se deslizaba entre ellos y más abajo. Mis caderas se levantaron de la cama buscando más. Separé los muslos, dándole el espacio que sus anchos hombros necesitaban para maniobrar. Cuando se trataba de sexo, algunos hombres sobresalían en un área y solo eran pasables en otras. Hunter sobresalía en todo lo que hacía. Ya fuera con su boca, sus dedos o su polla, siempre me hacía ver las estrellas cuando me corría.

–Estás muy mojada –murmuró mientras deslizaba sus manos sobre mi vientre y bajaba hasta mi coño. Usó sus dedos para separarme y aspiró—. Me encanta tu coño, Natalie. No tengo suficiente. Soy un maldito adicto a él.

El anhelo brotó en mi corazón y en ese momento me di cuenta de dónde provenía mi malestar. Quería que el hecho de que volviera a mí significara algo. Quería que sus palabras, esas que decían que era adicto a mí, significaran que lo que había entre nosotros era algo más.

Me esforcé en alejar esos pensamientos. Acordamos una situación de amigos con derecho a roce. Tal vez, volvía para tener más sexo, pero eso no significaba que yo le importara. Sería una idiota si me enamorase de él.

Su lengua lamió los labios de mi coño, y me arqueé sobre la cama mientras un dulce y tortuoso placer me recorría.

–Tienes el sabor de coño más dulce. –Su lengua se arremolinó alrededor de mi clítoris antes de que su boca lo chupara con fuerza.

–Oh, Dios, Hunter... –Mis caderas se agitaron al ritmo sobre su cara.

–¿Te gusta eso? –Me acarició el clítoris con pequeños besos.

–Sí –dije, agarrando su cabeza y empujándola hacia mi coño–. Más.

–Eres tan mandona dijo divertido mientras volvía a centrarse en mi coño. Por supuesto, cuando se la chupaba, podía ser igual de exigente. Creo que eso nos gustaba del otro–. ¿Alguien hace que te corras como yo? –preguntó mientras sus manos abrían más mis muslos.

–No. –Odiaba cuando se ponía así. El tipo tenía un ego del tamaño del Everest y, aun así, necesitaba que se lo subieran.

–Bien. –Creo que dijo, aunque no lo tenía muy claro porque, de repente, sus dedos me estaban follando profundamente y su boca chupaba mi clítoris.

Grité mientras me disparaba a la estratosfera. Mi cuerpo se agitó y convulsionó mientras el orgasmo rebotaba por todo mi cuerpo hasta que cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se debilitó. Su lengua se relajó sobre mi coño, utilizando lentos y lánguidos lametones para bajarme del subidón.

Mi respiración por fin se ralentizaba. Levantó la cabeza y me dedicó su característica sonrisa sexy.

–Uno.

–Oh, Dios. –Mi coño tuvo un espasmo, como si supiera que iba a haber más.

–Podría quedarme aquí y comerte toda la noche –dijo, dando ligeros besos de succión en el interior de mi muslo que, lo más seguro, dejarían una marca.

Una parte de mí deseaba que lo hiciera. Todo esto de hacerlo a escondidas significaba que no nos dormíamos ni nos despertábamos en los brazos del otro.

Mi corazón volvió a llenarse de anhelos y ya no podía fingir que todo aquello no significaba nada. La aterradora verdad era que me estaba enamorando de Hunter Strong y eso significaba que, en algún momento, me iba a romper el corazón.

Capítulo 1

Hunter

Tres semanas antes.

Llegué a la oficina por la mañana decidido a avanzar en la nueva campaña publicitaria para el lanzamiento de nuestra expansión en Europa. La línea de sandalias que estábamos introduciendo allí no era realmente diferente de la que hacíamos aquí, pero Europa no era América, y sospechaba que necesitábamos hacer algunos cambios en la publicidad para atraer al mercado europeo. No es que hiciéramos nada descabellado ni extravagante. Había aspectos del *marketing* que funcionaban siempre, independientemente del lugar del mundo en el que estuviéramos. Y algo que había aprendido es que, si algo funcionaba, era mejor mantenerlo. En mi vida, había dos cosas que funcionaban; una, mi trabajo como director de *marketing* de Strong Incorporated, y dos, tener una vida privada variada y diversa. En otras palabras, estaba totalmente comprometido con mi trabajo, pero no me sentía comprometido con las mujeres.

Cuando me senté en mi escritorio, me fijé en un sobre con el sello de Strong. Lo abrí y saqué la carta que había dentro. Al ojearla, me cabréé.

*Estimado señor Strong,
Lamento sinceramente tener que presentar mi dimisión. Como sabe, mi novio, Michael, me propuso*

matrimonio y teníamos toda la intención de quedarnos en San Diego, pero ahora nos hemos dado cuenta de que hay muchas cosas que nos gustaría hacer juntos, y que con nuestros talentos podemos trabajar a distancia. Planeamos ser nómadas digitales; viajar por todo el mundo a los lugares más románticos y disfrutar de nuestra vida al máximo y en la felicidad conyugal.

—Maldita sea. —Arrugué la carta. Ya era bastante malo perder a mi artista principal justo cuando más la necesitaba, pero que además me dejara con esta sarta de tonterías me daba ganas de vomitar. «La felicidad conyugal», mi trasero.

Tenía que estar rodeado de toda esa mierda romántica y sensiblera con mi hermano Ryan y su nueva mujer, Kellie. No lo necesitaba también en mi plantilla. Me gustaba Kellie y me alegraba por Ryan, pero en algún lugar de mi interior me preguntaba si realmente duraría. Por propia experiencia, el amor duradero era un mito. La única excepción era mi padre, pero incluso su amor por mi madre tenía grietas. La parte perversa que había en mí creía que su amor duradero por mi madre era una noción romántica porque ella había muerto y él nunca parecía superarlo. ¿Seguirían juntos, viviendo en felicidad conyugal, si ella viviese?

Las estadísticas decían que no. Sin embargo, eran pensamientos que me guardaba para mí mismo porque eran hirientes e insensibles, y me hacían parecer un maldito imbécil. Solo deseaba que todos los demás que creían en el amor y en los cuentos de hadas se mantuvieran al margen, al igual que yo me mantenía al margen de mis creencias de que el amor verdadero no existía.

Llamaron a la puerta y cuando se abrió, Ryan asomó la cabeza.

—¿Tienes un minuto?

–Sí, pasa. –Tiré la carta arrugada a un lado sabiendo que iba a tener que enviarla a Recursos Humanos. Probablemente, se preguntarían por qué la había arrugado, pero bueno.

Detrás de Ryan, entró su esposa Kellie. Genial. Tendría que aguantar más miradas de amor.

–He venido a hablar contigo de los planes de *marketing* para Europa. –Ryan le ofreció una silla a Kellie. Ella se sentó y luego él se sentó en la otra silla frente a mi escritorio.

–También te he traído algunas fotos –dijo Kellie. Dejó una pequeña pila de fotos sobre mi escritorio. Me acerqué a recogerlas y las revisé—. Son de la boda. Algunas son de nosotros, y puedes deleitarte con ellas si quieres.

Me sonrió como si me conociera. Por supuesto, así era, porque llevaba trabajando aquí desde hacía mucho tiempo. Pero ahora que estaba casada con mi hermano, supongo que sentía que podía hurgar en mi postura *antiamorosa*. O tal vez su amiga y asistente personal de mi abuela, Andi, que era la reina de la mordacidad, se lo estaba pegando. En cualquier caso, no le hice mucho caso.

–Además, hay alguna foto de ti y de tu cita. No recuerdo su nombre.

–Probablemente, él tampoco –bromeó Ryan.

Recordaba su nombre. Su nombre de pila, al menos. También recordaba cómo me había arrepentido de haberme llevado como acompañante a la boda de mi hermano en Tailandia. Había roto mi regla de una sola noche para poder tener una mujer lista y dispuesta conmigo durante nuestra estancia allí. Pero, por supuesto, como ocurre a menudo, cuando ella probó la fastuosa vida que ofrecía la familia Strong, quiso aferrarse a ella cuando yo estaba dispuesto a dejarla marchar a nuestra llegada a San Diego. Fue un recordatorio de que tenía reglas por una razón; una mujer, una noche. Eso era todo.